

Jean qui rit, Jean qui pleure:
**La «Civilización» en un cursus de Traducción e
Interpretación**

Joëlle GUATELLI-TEDESCHI
Universidad de Granada

Como citar este artículo:

GUATELLI-TEDESCHI, Joëlle (2003) «*Jean qui rit, Jean qui pleure: La “Civilización” en un cursus de Traducción e Interpretación*», en MUÑOZ MARTÍN, Ricardo [ed.] *I AIETI. Actas del I Congreso Internacional de la Asociación Ibérica de Estudios de Traducción e Interpretación. Granada 12-14 de Febrero de 2003*. Granada: AIETI. Vol. n.º 2, pp. 391-401. ISBN 84-933360-0-9. Versión electrónica disponible en la web de la AIETI:

<http://www.aieti.eu/pubs/actas/I/AIETI_1_JGT_Jean.pdf>.



Jean qui rit, Jean qui pleure:
La «Civilización» en un cursus de Traducción e Interpretación

Joëlle GUATELLI-TEDESCHI
Universidad de Granada
guatelli@ugr. es

Resumen

Profesora de «Civilización» en el Departamento de Traducción e Interpretación de la Universidad de Granada, he visto con algo de lo que llamaría legítima preocupación lo que considero como nefasta evolución de una asignatura que, con todo, ostenta el rango de materia obligatoria en el Plan de estudios. Si empecé mi trayectoria docente con una Civilización que abarcaba los dos primeros años de la entonces diplomatura de tres cursos («era de Jean qui rit»), he podido constatar, plan de Estudios tras plan de estudios, cómo la materia iba menguando hasta convertirse en esta exigua asignatura de 6 créditos, en el segundo cuatrimestre de una carrera de cuatro cursos («era de Jean qui pleure»). Tan nociva evolución me lleva sin remedio a plantearme algunas preguntas acerca de la misión de la asignatura en el seno de la formación de los traductores e intérpretes. ¿Puede el estudiante que en nuestra facultad culmine sus estudios, convertirse de verdad en este mediador cultural con el que sueñan sus formadores cuando una de las asignaturas fundamentales para la adquisición de conocimientos plurifacéticos se ve radicalmente amputada de sus créditos? ¿Puede la traductología ayudar a perfilar una «Civilisation» más adecuadamente que la didáctica de las lenguas? ¿Cómo se sitúa en medio de la contemporánea reflexión acerca de la inter o multiculturalidad? ¿No ha llegado ya el momento de pensar en un foro de civilizacionistas para debatir los problemas de la asignatura y abrir perspectivas? En resumidas cuentas ¿Puede existir una forma civilizada de impartir tan importante asignatura en nuestras facultades? No pretenderé dar soluciones sino asentar algunas ideas generales así como abarcar una serie de preguntas a las que sólo una reflexión común podría quizá responder.

Aquí donde me ven, soy una expulsada del paraíso y detrás de mi va la tribu doliente que me acompaña... profesora de «Civilización» (francesa) y estudiantes de la carrera de Traducción e Interpretación padecemos una maldición que nos ha situado fuera de lo que fue recinto edénico de los orígenes... ¿Exagero...? ¡Por supuesto! O, quizás no, sólo un poco... pero me legitima el uso cabalmente interesado de la nostalgia embellecedora de los pasados ya irrecuperables (¿?), nostalgia que me permite sentir como *pequeño edén* de civilizacionista y estudiantes de «Civiliza-

ción», la asignatura que estrenara el plan de estudios de la extinta EUTI y cuyo estado actual lamento hoy ante ustedes. Se darán cuenta de lo poco que recargo las tintas con sólo escuchar la presentación en breves trazos de lo que ha sido la evolución de la asignatura a lo largo de su historia.

Con el nombre de «Civilización I y II», destinada a los especialistas en lengua B, la asignatura se fragua en 1979, fecha de creación de la Diplomatura en Traducción e Interpretación en el seno de la Universidad de Granada. Se imparte en los dos primeros cursos de los tres que dura la diplomatura, es anual con una carga horaria de tres horas semanales a lo largo de las aproximadamente 27 semanas que dura cada curso.

Cuando, en 1993, se crea la Licenciatura en Traducción e Interpretación, la asignatura se mantiene como *materia obligatoria*, o sea propia de la Universidad de Granada, bajo la denominación «Civilización B» para especialistas, afianzándose para los no especialistas una «Civilización C». La creación de la «Civilización C» es un progreso indudable, mas da la sensación de que se hace a expensas de la «Civilización B» ya que ésta se queda relegada al primer curso, ocupando la «Civilización C» su lugar en el segundo curso. El primer plan de estudios que cubre el período 1994-2001, conforma pues una asignatura ya depauperada, de tipo teórico-práctica, con una carga de ocho créditos o sea tres horas semanales a lo largo de un solo curso, el primero para los especialistas, el segundo para los no especialistas.

La renovación del plan de estudios que se implanta en 2001, acaba de empobrecer la «Civilización» que ya sólo consta de seis créditos que, por cuatrimestralización, se ven embutidos en unos apretados tres meses y algo entre mediados de febrero y finales de mayo (unas 15 semanas). Se ve afectada asimismo por su clasificación como materia teórica, de contenido, lo que no facilita un desdoblamiento de los nutridos grupos de estudiantes que la cursan, produciéndose así una masificación acorde con su nueva definición, meramente denotativa, y en radical contradicción con los objetivos de impregnación, familiarización, y creación de este estado de simpatía-empatía que favorece un acercamiento connotativo a la cultura, única manera de poner al estudiante en *estado de traducción* para recurrir a una expresión que utilicé años ha, en 1996, cuando en esta misma facultad hiciera una vindicación de la asignatura, vindicación que sigo suscribiendo y a la que remito en caso de que alguien tuviese interés en consultarla (ver bibliografía final)

En resumidas cuentas, el Plan de estudios de la EUTI, en cuanto a «Civilización» se refiere, marca un período de bonanza. Fueron gratos tiempos a los que me gustaría llamar para dejar de lado lo pomposo del símil paradisíaco, la *era de Jean qui rit*, era que remite a ese Juan de mis libros de niña francesa, que, si bien era algo bobalicón a fuer de buenazo, asimismo era el esforzado, el organizado, el generoso, el paciente, ése que sacaba partido a lo que encontraba en su camino vital y con lo que medía sus fuerzas, riéndose de las dificultades porque sabía que le asistía la Providencia... la era pues de un hombre de provecho. La providencia del Plan de estudios permitía que se formaran *estudiantes de provecho* ya que otorgaba aquella sonriente era, la oportunidad, después del primer gran choque con la vida univer-

sitaria del primer año de ajuste, de recibir la siembra del segundo año en terreno abonado. Se añadían dimensiones nuevas y más complejas, se profundizaba y afianzaba los conocimientos, se explotaban las destrezas a ellos vinculadas, se sacaba partido a la madurez adquirida a lo largo del primer año. No es un azar si, a pesar de que los estudiantes de lengua C no dominan del todo el idioma en el que se imparte la asignatura, tienen al final mejores resultados, siendo como es el programa de lengua C el mismo en complejidad que el de lengua B. La adaptación al medio universitario, el mayor desparpajo, la confianza en sí, el proceso de maduración intelectual permiten un aprovechamiento de la materia que ya no está al alcance de los especialistas de B que, al no cursar «Civilización» en segundo han dejado de jugar el 2º tiempo del partido, precioso 2º tiempo que les permitía beneficiarse y gozar, civilizadamente, de la «Civilización». Se les ha vedado el adentrarse cada vez más y mejor en una dimensión que se les abría, antes, sin prisa, dándoles así ocasión de formarse por lo enciclopédico, de medirse con lo crítico y de desarrollarse en lo creativo.

En verdad, hoy por hoy, casi no queda tiempo para granjear los beneficios de una asignatura pensada, en palabras de Ortega y Echeverría (1996:94), como «estudio sistematizado y directo de la cultura y que permite *ir más allá* del tratamiento de las referencias culturales abordadas en el contexto de la clase de traducción» (el subrayado es mío). En efecto lo que hoy tenemos no es una dimensión de *más allá* sino de *más acá*... es en realidad lo propio de nuestra postmodernidad ávida... es la dimensión de las prisas, de los recortes o de los añadidos mal ponderados. Básicamente las ambiciones del programa no han menguado pero el alumno tiene ahora que ingurgitar en un tiempo cada vez más escaso lo que antes se le iba proporcionando pausada, organizada y críticamente, dándole opción a que hiciera y compartiera sus propios descubrimientos. Se ha entrado en la *era de Jean qui pleure*, este Juan tragón, pasivo a la par que impaciente, torpe por falta de espíritu crítico y reposo mental, llorón el pobre porque con todo su ímpetu desaliñado por agarrar lo que está a su alcance, no lo logra por quedársele todo grande y pesado. La materia cayó en la vorágine, propiciando en efecto esta glotonería inquieta que provoca el deseo de penetrar el máximo de aspectos en el mínimo de tiempo, porque -no cabe duda- la materia es sabrosa y despierta el apetito... sabrosa pues y apetitosa con tal que se la pueda administrar sin que se convierta en el pesado catálogo enciclopédico o el muestreo errático y caprichoso o el apunte presuroso, esquemático e intelectualmente escuálido que la selección drástica y arbitraria fatalmente entraña.

Pero, parémonos un rato para intentar definir lo que es este concepto de civilización, acoplado siempre a su gemelo o su *alter ego*, el de cultura. ¿A qué alude el concepto y qué es lo que se espera de la asignatura que de dicho concepto se deriva? La palabra *civilización* nace en Francia oficialmente en 1771. El *Dictionnaire universel* la recoge indicando un primer sentido vinculado al mundo del derecho y otro más novedoso, que se impone porque *L'ami des hommes*, a saber, Mirabeau, gran figura de 1789, la empleó por vez primera como sinónimo de *sociabilidad*, en

1752, en su obra *Traité de la population*. De entrada la palabra es, pues, polisémica, como lo es la asignatura, con vertiente denotativa y conservadora: el derecho o sea la regla, la ley, el programa, cuyas grandes líneas son fijadas a nivel oficial, y vertiente connotativa, revolucionaria, la sociabilidad o sea esta virtud creativa que implica la facilidad para la comunicación y el disfrute que de ella se saca (*Pequeño Larousse 2003*) y que el profesor intenta fomentar en su clase de «Civilización» para ayudar al futuro profesional de la mediación intercultural a penetrar la cultura ajena. Es, hoy, me parece, esta vertiente de solana que se pierde, quedándose tan sólo la vertiente de umbría de los conceptos fríamente definidos. Pero estos mismos conceptos que la asignatura «Civilización» recoge mediante su programa, deberían plantear problemas epistemológicos, ya que a pesar de lo que deja suponer cierta pereza curricular, no es tarea fácil ni tan evidente la de delimitar los campos y objetos de indagación de la asignatura y el cómo transmitirlos. Bastará con tres ejemplos antitéticos en su forma pero perfectamente coincidentes en su fondo para dar cuenta de la enorme cabida y de la total imprecisión que entraña la noción de civilización-cultura y, por ende, de la asignatura que la refleja.

El *Pequeño Larousse 2003* indica lapidariamente en su acepción 2: «Civilización: conjunto de caracteres propios de la vida intelectual, artística, moral y material de un país o de una sociedad». Georges Mounin, en sus *Principios teóricos de la traducción*, usa el término *cultura* con la misma acepción que el de *civilización*: «[...] conjunto de actividades y de instituciones con que una comunidad se manifiesta (tecnología, estructura y vida social, organización del sistema de conocimientos, derecho, religión, moral actividades estéticas)»(1977:268). Reflejo de estas concisas pero insondables definiciones es el recientemente publicado *Diccionario Akal de cultura y civilización francesa* (2002) de Cantera y Campos, que presenta una ingente masa de datos de toda índole repertoriados por los propios autores en unos once apartados que giran en torno a hechos históricos de cualquier orden con repercusión en los ámbitos de la vida política, religiosa, económica, cultural o literaria; ciudades y lugares importantes, desde las antiguas provincias a los canales y puertos de montaña; los personajes claves desde santos y beatos hasta presidentes o mariscales que hayan tenido relación con Francia «de los gloriosos hasta los tristemente célebres»; las obras literarias, científicas, artísticas, los premios y los monumentos arquitectónicos; los centros de enseñanza y de cultura, los periódicos, las manufacturas y grandes empresas; todo lo relativo a la administración, las órdenes militares los emblemas, cualquier manifestación referida a la cultura, filosofía, ciencia, religión, las organizaciones políticas, etc. O sea, un vasto cajón de sastre, prodigiosamente múltiple, soberanamente plural que, para no dar lugar a un mamotreto monstruoso, se limita a nutrir cada una de las entradas con una parca información que apunta a lo esencial, el viático para cruzar sin desfallecer estas inmensas tierras de la civilización. Se agradece el instrumento porque pocos hay para el civilizacionista y la empresa revela audacia y arrojo pero, asimismo, se agradece porque desvela a las claras la dificultad de esta materia que fácilmente aquejada de gigantismo se desborda por el lado de la historia, la geografía, la eco-

nomía, la política, las artes y la literatura para no citar más que algunos de los campos que se ofrecen a su inmoderado apetito.

Este inmoderado apetito, todo hay que decirlo, se ve canalizado por los objetivos apuntados por los documentos oficiales, las directrices de los departamentos y la tradición curricular de la asignatura... el buen sentido y mucha inercia suelen pues ofrecer a sus ansias la geografía, la historia, la economía, las instituciones políticas y sociales y, a veces, la demografía así como determinados aspectos de la vida cultural. El programa suele a menudo, en un intento de abrazar la materia máxima, cargarse de cuantos temas son humanamente abarcables sin que el alumno reviente (y en mi caso, sé que, audaz y temerariamente, no veo abismo entre lo humano y lo divino), o en aras de una lógica depuración ceñirse al estudio de textos convenientemente seleccionados y a menudo restringidos a un determinado campo, en general el de las instituciones sociopolíticas. Del mismo modo muchos profesores de «Civilización» se atrincheran en el estudio de un período histórico clave, reduciendo la asignatura a la mera historia.

Cabe preguntarse, a estas alturas, si la Traductología, puede ayudar a definir con mayor finura los ejes de la asignatura, de tal forma que nos resulte cabal y coherente el programa con su misión de servir los intereses del traductor en este poquísimos tiempo que se nos concede. Los teóricos de la traducción, en efecto, han apuntado vías para elaborar un programa acorde con las exigencias de la profesión. Vázquez Ayora, ya en 1977, acuñaba la noción de *acervo cultural*, o sea el necesario dominio de temas concretos que abordará el traductor en su vida laboral ya que las decisiones que toma el profesional en su trabajo serán en relación directa con este acervo asimilado y asentado. Ni que decir tiene que el acervo cultural queda como concepto asaz impreciso y sumamente movedizo. Asimismo habla el traductólogo de la *biculturalidad* del traductor, lo que significa que no sólo el traductor sabe que significado tiene un concepto cultural sino que ha penetrado los fenómenos sociolingüísticos de los idiomas en juego (1977:387). Como penetrar no es echar de prisa y corriendo una mirada y pasar de largo, sino ahondar abordando un mismo tema bajo distintos ángulo, la tarea del civilizacionista se complica para llevar a cabo tal ahondamiento en un horario parcísimo y en clases superpobladas. El acervo cultural, más allá del pragmático bagaje del traductor apunta en realidad al descubrimiento de lo que De Carlo, especialista en interculturalidad –o sea, en traducción en el sentido más profundo de la palabra– llama el *caractère national*, a saber: «*L'ensemble de valeurs, de croyances, de comportements, de représentations partagées par les habitants d'un pays donné*» (1998:48). Abordamos aquí una materia muy escurridiza que no se contenta con la mera descripción de un sistema judicial o de la cronología de unos acontecimientos históricos y que tiene que ver con la *antropología cultural* o sea este interés por lo que hacen distintas las diferentes civilizaciones, presentándose cada cultura como una totalidad cuyo principio de unidad se encuentra en una determinada visión del hombre y del mundo (Michaud 1981:28).

Es en este terreno de la *Alteridad* donde enlazamos plenamente con las preocupaciones de ciertos teóricos de la traducción que, como Nida, destacan la necesidad

de fijar la atención en los campos dónde más se diferencian las culturas confrontadas, estos *puntos ricos* de fricción de Agar (1992) y Nord cuya línea forma la *barrera cultural* entre dos comunidades que es la que permite percibir las diferencias en cada manifestación concreta de la comunicación intercultural y donde los máximos problemas de traducción anidan. Nida apunta áreas de estudio preferentes tales como la ecología, la cultura material, social, religiosa y lingüística... o sea un campo tan inmenso como los que describen la civilización desde la perspectiva del aprendizaje de la lengua.

Más recientemente Katan, con la denominación *información cultural* (1999:45ss.), propuso un modelo jerárquico de organización, que someramente se presenta así: 1. El entorno: físico y político, clima, espacio, viviendas, vestimenta, olores, comida, divisiones temporales... 2. La conducta: reglas y restricciones en la conducta 3. Capacidades, estrategias, habilidades para comunicarse: forma de transmitir los mensajes, elección del modo (oral, escrito...) tono de voz etc. 4. Los valores: conjunto de valores y su jerarquización en una sociedad... dentro de cada sociedad esto varía de un grupo social a otro. 5. Las creencias: motivos por los que se sigue una conducta determinada: *Biblia*, *Coran*, marxismo. 6. La identidad: el nivel superior de las jerarquía que conforma los otros niveles. Ni que decir tiene que tales indicaciones lejos de hacernos más fácil la tarea de perfilar nuestra asignatura, la complican y sutilizan hasta límites insospechados y nos encaminan a zonas de pensamiento donde no bastarán jamás el esquema primoroso, la gráfica explicación para hacerse con la materia. Y esto, aunque desalentador para nuestras ansias de simplificar la asignatura, no es para lamentarse sino para regocijarse por supuesto, ya que refleja una toma de conciencia de lo amplias y profundas que resultan las nociones de civilización que necesita el traductor intérprete. Las indicaciones que nos vienen de la traductología no son más que, al fin y al cabo, el desarrollo coherente del pensamiento primigenio del introductor en Francia de los términos *traduction* y *traducteur*, este renacentista y desgraciado Etienne Dolet que, tan pronto como 1540, en *La manière de bien traduire d'une langue à l'autre*, indica que para traducir bien hace falta que el traductor entienda «*parfaitement le sens et la matière*» del autor traducido o sea el significado lingüístico y las referencias culturales en nuestro caso... mas unas referencias culturales que no basta indicar para penetrar, que no basta tener en mente para activar sino que hay que trabajar a la perfección en toda su extensión e intensidad.

El problema es tanto más acuciante cuanto que incluso si nos limitamos a la académica división en bloques temáticos sobre la que nos solemos basar, corremos el peligro de no dar sino una imagen bastante manipulada, e insuficiente para un traductor, de la cultura que queremos comunicar. Es tema reiterado de la actual reflexión sobre la «Civilización», desde la didáctica de las lenguas, que la visión monolítica, homogénea, que se transmite de la cultura hegemónica, contradice la realidad de la cultura como vivencia y realidad. En el polisistema que conforma cualquier cultura, los *puntos ricos*, las diferencias señaladas como centros de atención preferentes entre culturas foráneas se verifican también dentro de una

misma área cultural. Así que el traductor tendría que poder no sólo penetrar la cultura central y dominante –que suele producir la mayor cantidad de documentos puestos en circulación en el mercado de la traducción– pero asimismo no descuidar las culturas periféricas que son parte integrante del entramado de la civilización del idioma que necesita amaestrar. Ellas también tienen un protagonismo que, andando el tiempo, tiende a afianzarse y a generar material traducible. Hablando de culturas periféricas me refiero, en el caso de Francia, no sólo a las culturas francófonas alejadas del modelo hexagonal, sino asimismo dentro del núcleo central, a esas otras culturas que permiten descubrir las zonas de tensión donde se fragua el auténtico carácter nacional que el traductor-intérprete, el intérprete debe desentrañar para poder entender en profundidad los textos y discursos. Es así como, en el programa, el profesor debe dar cabida, más allá de los aspectos de la civilización reconocida y oficializada como arquetípica del país, a esos otros aspectos que se sitúan en sus márgenes, fuera del canon transmitido como imagen ejemplar. Geneviève Zarate mencionaba el escollo que consiste en presentar la cultura extranjera como un conjunto de objetos prestigiosos o típicos que se aprehende desde fuera como espectáculo o como surtido cosificado en aras de la simplificación que permite captar y fijar sin complicaciones lo ajeno (1985:50). Cabe evitar, pues, limitarse a estos aspectos abandonándose a una tendencia que, como el capitalismo de Jean Jaurès que lleva en sí la guerra como la nube lleva la tormenta, llevan en sí, intrínsecamente, las mismas limitaciones académicas de la asignatura. Cabe salirse de lo que Jean Paul Aron designaba como «*le parti pris d'ordonnance et de mesure –clichés héroïques des manuels scolaires*», que inclina el docente a instalarse en la presentación atildada de la miscelánea de un *digest* de su materia o, en un intento de aligerar y liberar de toda enojosa complejidad la asignatura, a optar por «*la connivence des discoureurs*» (1975:11), entregándose a la *doxa*: engañosas evidencias, opiniones asentadas en las ideas recibidas y en el consenso general, huyendo de toda verdadera reflexión. Privilegiar lo que Newmark llama el *foco cultural* (1988) o sea estos temas particulares en los que una determinada comunidad cultural se focaliza y que en Francia tanto pueden ser los quesos y vinos como la cultura jacobina del Estado central, llevaría a dar una visión monolítica de Francia que invalidaría al traductor a la hora de entender la complejidad del país y de los textos por él producidos. La asignatura para hacer del traductor intérprete un *mediador cultural* de verdad, debe de introducir lo que Longchamp designara como *cultures subordonnées* (1985:5), o sea, las que existen de forma interna a un mismo sistema cultural y que se suelen considerar como imperfectas, marginales, subalternas sino viciadas. Se trata en particular de las culturas de los jóvenes, las de los barrios marginales o asimismo las que se asientan en los vestigios regenerados de las culturas regionales. Como lo recomendaba Lonchamp, la «Civilización» debe de tomar en cuenta la articulación entre la cultura subordinada, anomalía cultural reveladora y rica, y la que vehicula el programa prototípico centrado sobre lo evidente, lo aceptado y canónico. Es evidente que hoy por hoy un programa de «Civilización» que quisiera dar cuenta

de la dimensión gironcina o sea más regionalista y localista de la cultura francesa, tendría que hacerlo en una óptica plural que no sólo de cuenta de las políticas de desconcentración y descentralización sino, asimismo, más allá del folklore, de la reivindicación de lo vernáculo mediante por ejemplo las escuelas *Diwan* de Bretaña o el rap celtizante de un grupo joven como Manau.

Nos lo ponen difícil y apasionante a la par los didácticos de la lengua y los traductólogos. Tengo a veces, frente a las ambiciones que se pueden y deben tener para la asignatura, la sensación de que para el estudiante, la «Civilización» se le debe antojar o bien corta y vacía por esquematización mutiladora o bien larga y plúmbea por ser tanta, tan diversa y tan intrincada la materia a la que se le somete. En resumidas cuentas, una asignatura, en cualquiera de los dos casos, un poco salvaje, un tanto... ¡bárbara!... y esto es una barbaridad, ya que se invalidaría cualquier conato de contacto fructífero con la cultura ajena por ser lo *bárbaro* precisamente lo que queda fuera del ámbito de nuestra comprensión. No olvidemos, como lo dice Chevrel, que el bárbaro es éste de quien tan sólo oigo el *ba, ba*, unos fonemas que no tienen ningún sentido (1989:8). La asignatura debe servir, al contrario, para que el traductor-intérprete consiga desentrañar el sentido pleno y absoluto del texto o discurso engarzado en la cultura ajena para poderlo transportar a la suya. El uso civilizado y civilizador de la «Civilización» haría de ella una asignatura cuya aspiración no es la *troncalidad* (obligatoriedad para todas las universidades) sino la *capitalidad* en el sentido de que es capital una asignatura que, desde los años 80 y el famoso *giro cultural*, se sitúa justo a la cabeza del esfuerzo tendente a hacer de la traducción una *interculturalidad* (Reiss y Vermeer, Snell-Hornby, etc.), asignatura que ayuda a llenar de sentido los tan sugestivos términos acuñados por los funcionalistas alemanes como son los de *acción intercultural* o *ecuación cultural*, y ratifica la descripción de la traducción como actividad comunicativa que se efectúa entre dos culturas diferentes. La «Civilización» permite, más que cualquier otra asignatura del currículo, la descentración y recentración que están en el corazón de la traducción-interpretación y reduce hasta donde sea posible las zonas de *intraducibilidad cultural* (Catford, 1970) que son los verdaderos escollos de la acción translativa. Ayuda a combatir este famoso *prejuicio etnocentrista* enunciado años ha por Levy-Strauss y que consiste en que cada grupo humano tiende a pensar que lo humano se cifra en lo que es suyo y que las fronteras de la humanidad cesan donde acaba su tribu, su pueblo, su país. Muchas poblaciones llamadas primitivas se nombran a sí mismos, los *Perfectos*, los *Excelentes*, los *Hombres* y designan a los demás como los *Malos*, los *Huevos de piojos* (1996). En mi parcela francesa por ejemplo, nada más aleccionador para los estudiantes que descubrir como la Nueva-Caledonia post-colonial, hoy TOM, opone a la altisonancia de los Derechos del hombre de 1789 (que no impidieron que Francia viera en los *canaques* (canacos) unos indígenas, *infrahombres* de segunda), lo que son los derechos del *Kanak* en *Kanaky*, con doble K e invariable. Nombres, que en rebelión contra la ortografía deformadora de la metrópolis, reivindican su genuina ortografía y pronunciación, y cuyo significado en lengua vernácula es *Hombre(s)* siendo

la Kanaky, el *País de los Hombres*. La cultura francesa amenazada con convertirse en *huevo de piojos*, se *humaniza* desde lo francófono ultramarino, gracias a estos detalles esenciales que deben ser tomados en cuenta más allá de una escueta lección sobre colonización y descolonización. Así, el traductor encargado de verter al español textos sobre la problemática neocaledonia, deberá obviar *canaco* e introducir el neologismo *Kanak* (ya recogido por *El Pequeño Larousse* 2003) sin miedo ni tapujos si quiere llevar a cabo su oficio de mediador cultural y no ser el transmisor de valores caducos o soslayados. Para llegar a esto, hace falta tiempo y atención a lo que es uno de los cometidos esenciales de la Universidad, más allá de su vertiente de profesionalización, a saber la promoción de un cambio de las mentalidades y la apertura al Otro en su *otredad* singular.

Civilizar la «Civilización» en el marco de nuestros estudios de traducción: he aquí el reto. Este reto pasa por supuesto por una mayor colaboración con los profesores de Traducción e interpretación. « *Le métier d'enseignant est un métier solitaire où chacun cherche sa vérité et fait son expérience* » decía, hace mucho, el civilizacionista Reboullet (en Tétu 1977:52). Si bien tiene parte de razón el profesor, si bien puede ser fructífera esta soledad del docente al estimular sus iniciativas y al fomentar una originalidad dinamizadora, sabemos todos que, en realidad, el docente no puede ser sino un solitario-solidario que fundamenta en una bien trabada interdisciplinariedad su misión. No entraré hoy en esta necesaria colaboración con los profesores de Traducción e Interpretación que, aunque fundamental, a veces se descuida, quizá porque el civilizacionista teme ver reducida su materia a una posición ancilar de mera intendencia de las asignaturas troncales, cuando su cometido excede –y con mucho– esta necesaria mas incompleta misión. Sí aprovecharé este congreso fundador como tribuna para reclamar más atención para una asignatura que sigue buscando esta «entidad propia», esta «mayor definición y consolidación» que ya en los años 70 André Reboullet echaba en falta. Necesitamos para esto:

- Que en los congresos de traducción e interpretación se conceda mayor atención a la problemática civilizacional como tal;
- Que haya contactos entre profesores que imparten esta materia en los diferentes cursus universitarios y no sólo desde los departamentos de Traducción e Interpretación... profesores que se sientan *civilizacionistas* de pleno derecho y que no se arredren ante la necesidad de afirmar la dignidad de una materia tan universitaria ya que tan sumamente profesionalizante y humanizante, profesores que se reúnan en foro, pronto, para tener una plataforma desde la que perfilar la epistemología de su humanísima ciencia humana;
- Que se vayan elaborando herramientas pedagógicas novedosas y adaptadas a sus necesidades;

- Que se escriba más, que se fomente la investigación en este campo específico para poder contar con una bibliografía más amplia y variada que la de ahora;
- Que se revisen los planes de estudio para dar mayor cabida al estudio de la «Civilización», aumentando sus créditos y repartiéndolos a lo largo de la carrera, complementando también su estudio mediante optativas o asignaturas de libre configuración, como ya se ha empezado a hacer en nuestra FTI con la asignatura «Civilización» belga... y un largo etc.

Conclusión

Me remontaré a Georges Mounin para concluir esta intervención... Mounin que, en su *Principios teóricos de la traducción*, asimila el estudio de la civilización a la etnografía, o sea a la descripción completa de la cultura total de una comunidad dada. Para Mounin (1977:268) el traductor es etnógrafo y, si no lo es, no es un traductor completo:

Para traducir una lengua extranjera -dice- hay que cumplir dos condiciones, necesarias las dos, pero ninguna suficiente por sí sola: estudiar la lengua extranjera, estudiar (sistemáticamente) la etnografía de la comunidad cuya expresión es la lengua [...]. Ninguna traducción es totalmente adecuada si esta doble condición no es totalmente cumplida.

Añade, tajante, que estas condiciones son «iguales en dignidad teórica» y que si no se cumplen es cuando se dan las llamadas *faltas de traducción* «que son tales por escaso conocimiento de la lengua e ignorancia de la civilización de la cual es expresión esta lengua». Lamentaba el traductólogo que siempre se marginalizara la «Civilización», que se considerara como mero complemento o suplemento, mero enriquecimiento cuando es indispensable para el correcto uso de la lengua extranjera (1977:261ss). Es lo que llama la *vía etnológica* frente a la *vía lingüística*. La «Civilización» se perfila, pues, en una FTI, como esta *vía real* para la traducción-interpretación, vía que los planes de estudio deben ayudar a abrir y no contribuir a cerrar como si de un vulgar camino vecinal se tratara. Así, quizá, podamos volver a entrar, no en el paraíso perdido, sino en otro mejorado, porque a diferencia del Paraíso bíblico, los edenes de la traducción son siempre plurales y mejorables y, quién sabe... quizá así *Jean qui pleure* vuelva, algún cercano día, a ser *Jean qui rit*.

Referencias

- ARON, Jean Paul. 1975. *Qu'est-ce que la culture française?* Paris : Denoël/Gonthier.
- BRAUDEL, Fernand. 1963. *Grammaire des civilisations*. Paris: Arthaud.
- CANTERA ORTIZ DE URBINA, Jesús, y Nicolás CAMPOS PLAZA. 2002. *Diccionario Akal de cultura y civilización francesa*. Madrid: Akal.
- CHEVREL, Yves. 1989. *La littérature comparée*. PUF, Col. Que sais-je? n° 499: Paris.
- GUATELLI-TEDESCHI, Joëlle. 1996. Vindicación del estudio de la «Civilización» en la Facultad de Traducción e Interpretación. 1996. En VÁZQUEZ MARRUECOS y LOZANO, eds., pp. 285-298.
- KATAN, David. 1999. *Translating Culture*. Manchester: St Jerome.
- LEVY-STRAUSS, Claude. 1996. *Race et histoire*. Paris: Folio.
- LONGCHAMP, Philippe. 1985. Culture/cultures. *Le français aujourd'hui*, n° 70. Paris.
- MARÍN HITTA, Teresa. 1996). La asignatura de Civilización en los estudios de Traducción e Interpretación. En VÁZQUEZ MARRUECOS y LOZANO, eds., pp. 299-308.
- MICHAUD, E. 1981. *Vers une science de civilisation*. Bruxelles: Complexe.
- MOUNIN, Georges. 1977. *Principios teóricos de la traducción*. Madrid: Gredos.
- ORTEGA ARJONILLA, Emilio, y Esteban ECHEVARRÍA PEREDA. 1996. *Enseñanza de lenguas, Traducción e Interpretación (francés-español)*. Málaga: Universidad de Málaga.
- REBOULLET, André 1973. *L'enseignement de la civilisation française*. Paris: Hachette.
- REBOULLET, André, et Michel TÉTU. 1977. *Guide culturel: civilisations et littératures d'expression françaises*. Paris: Hachette.
- VÁZQUEZ MARRUECOS y LOZANO, eds. *Actas de las I jornadas sobre diseño curricular del traductor e intérprete*. Granada: Facultad de Traducción e Interpretación.
- ZARATE, Geneviève, et Idriss ABBACK. 1985. Belles images de France. *Le français aujourd'hui*, n° 70. Paris, pp. 49-54.